



EXPOSICION

DE LOS

MOTIVOS QUE TIENE EL PRESIDENTE

DEL CONSEJO DE ESTADO

encargado del poder ejecutivo

PARA DECLARAR LA GUERRA A LOS PARTIDARIOS

DE DON ANDRES SANTA-CRUZ,

QUE EN LA REVOLUCION MILITAR DE DIEZ DE JUNIO ULTIMO,

ACAECIDA EN BOLIVIA, LO PROCLAMARON PRESIDENTE

DE LA REPUBLICA.

—
LIMA

—
IMPRENTA DE EUSEBIO ARANDA.

—
1841

PE 1489

INSTITUTO RIVA-AGÜERO
PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATOLICA DEL PERU
BIBLIOTECA
COLECCIÓN
FELIX DENEGRILUNA

FELIX DENEGRILUNA
BIBLIOTECA
JUL 11 1965

EXPOSICION

DE LOS

MOTIVOS QUE TIENE EL PRESIDENTE

DEL

CONSEJO DE ESTADO

ENCARGADO DEL PODER EJECUTIVO DEL PERU,

PARA

DECLARAR LA GUERRA A LOS PARTIDARIOS DE DON ANDRES SANTA-

CRUZ, QUE EN LA REVOLUCION MILITAR DE DIEZ DE JUNIO ULTIMO,

ACAECIDA EN BOLIVIA, LO PROCLAMARON PRESIDENTE DE LA

REPUBLICA.

SI no fuesen tan patentes á toda la América, y tal vez á todo el mundo, las razones políticas que asisten al Perú, para procurar destruir el poder del antiguo usurpador de sus derechos, D. Andres Santa-Cruz, quizá seria necesario entrar, en esta vez, con la luz de un minucioso análisis, en la investigacion de los grandes atentados, y de los incidiosos manejos, que antes de ahora, empleára este hombre para atacar la existencia de la Patria, para destruir su soberanía, para sofocar sus votos y para defraudarle hasta su nombre. Pero habiéndose ocupado en diferentes ocasiones, la atencion de los pueblos Sud-Americanos de estos escandalosos atentados y de estos reprobados manejos, con motivo de las repetidas injurias y de las reiteradas alarmas que D. Andres Sta-Cruz ha suscitado en el Perú, desde que, por desgracia del pueblo boliviano, le cupo en ochocientos veinte y nueve, ponerse al frente de los destinos de aquel pais; ya no seria conforme á la circunspeccion y á la mesura del Gobierno Peruano fastidiar la atencion universal, narrando pormenores, y acumulando incidentes, que acaso le produjeran la nota de prevenido, de astuto, ó de suspicáz. Sin embargo de esto; como la revolucion militar que ha estallado en Bolivia en 10 de Junio, proclamando, con injuria y depresion del voto nacional de aquella República, el nombre de D. Andres Santa-Cruz, es un acto que abre de nuevo el camino á las fatalidades de una ambicion cebada sobre todos los derechos y sobre todas las inmunidades, se hace obligatorio y preciso al Gobierno del Perú recordar algunas de las seducciones, é infiden-

cias, algunas de las violaciones, y las perpetuas hostilidades con que Santa-Cruz, apoyado en los pueblos que oprimia y en la cohorte de envilecidos prosélitos que le rodeaban, ha manchado su vida pública, invadiendo los títulos y las prerrogativas nacionales del Perú, entronizando la conquista sobre los escombros de la Independencia del Estado, y plantificando el mas duro despotismo sobre los restos indefensos de la majestad republicana. Así se hará percibir mas y mas la justicia que asiste á la Nacion Peruana en la presente crisis, que renueva la posicion ominosa de ochocientos treinta y cinco; crisis que anulando los efectos saludables de la Restauracion, descubre en los amotinados de Bolivia las mismas tendencias y las mismas aversiones, que caracterizan el espíritu inmoderado del caudillo que han elegido. Así se conocerà que al Perú no le quedan, entre tantas violaciones como ha sufrido y de que ha sido victima, transacciones que adoptar, ni términos convencionales que elejir; justificandose, de este modo, como el único recurso que se le deja, la guerra que tiene que hacer contra del enemigo capital de la Patria, y contra las tropas insurreccionadas de Bolivia que, como viles instrumentos de la usurpacion, al repetir el nombre de su corifeo, repiten la ignominia de este pais, y se congratulan en sus afrentas pasadas, calculando siempre en otras nuevas.

Si estas tropas hubiesen verificado la revolucion de 10 de Junio, designando para el mando de Bolivia cualquiera otra persona que no fuera la de Don Andres Santa-Cruz, el Perú no habria hecho mas que mezclar sus sentimientos americanos con los de la porcion sensata, que dentro del mismo Bolivia, condena los desaciertos, que acarrea todo trastorno sobre la sociedad humana; y reducido á los límites que designa el respeto á los derechos soberanos de cada nacion, habria observado desde la distancia los desarrollos anárquicos, que ahora mismo se están haciendo sentir. Pero no siendo la restitucion de Don Andres Santa-Cruz á la presidencia de Bolivia un suceso circunscripto y aislado, que exclusivamente se refiera y afecte á los intereses bolivianos, sino que tambien complica los intereses Peruanos y espone la seguridad nacional, compromete imperiosamente al Perú á tomar parte en una cuestion, que quizá es mas suya que de Bolivia.

Esta conducta, en armonia con los principios de la ley natural que obliga á la conservacion del Estado y á la propia seguridad y defensa, es el resultado de las conecciones nocivas y perjudiciales, que la política especial de Don Andres Santa-Cruz ha dado á la revolucion de Bolivia con la causa sagrada de la patria. Una posicion singular y peregrina, proveniente de las calidades personales del conquistador del Perú, legítima, no la intervencion Peruana en los negocios bolivianos, sino la continuacion de la guerra, que promovió la intervencion escandalosa y ultrajante, ó mejor dicho, la usurpacion que en ochocientos treinta y cinco, consumó el ex-presidente de Bolivia don Andres Santa-Cruz.—¡Tan perjudiciales y tan funestos son los efectos de la intervencion, que hasta ahora mismo, despues de haber transcurado el periodo de seis

años, se están sintiendo en el Perú y en Bolivia sus destructoras consecuencias! La intervencion sola, y los abusos que se cometieron á su abrigo contra los derechos ingénitos de la sociedad, es la única causa que en esta ocasion puede ponerle á esta sociedad las armas en la mano, para contener sus estragos, y para purificar la patria de los males políticos y morales que ella le ha ocasionado. La intervencion de Santa-Cruz en el Perú, fue la primera leccion de injusticia internacional que se dió á la América por las vias de hecho; y por lo mismo, como el Perú fue el teatro de sus horrores, al Perú le cumple evitar su repeticion; ya que es tanto mas cierta, cuanto que los actores, las cosas, y todos los elementos de Bolivia son los mismos que sirvieron y se emplearon en la época de los infortunios pasados.

De suerte que la Nacion Peruana al declarar la guerra á los amotinados de Bolivia, no solo no interviene en los negocios domésticos de aquel pais, sino que, antes bien, combate el espíritu de intervencion y la manía de dilatar el poder personal de un hombre, que á tanta costa se ha hecho conocer en la América, como el perturbador de las sociedades, como el agresor del equilibrio político de este continente, y como el ambicioso descarado, que no respeta ningún derecho, con tal que él se eleve y engrandezca.

Tal vez este solo motivo, que tanto puede en la conciencia pública de los pueblos ilustrados, no seria bastante para decidir al Perú en los términos que acaba de indicarse. Designios generales, conveniencias comunes, y coligacion de justicia y de derechos de otras naciones, son, á la verdad, estímulos poderosos para inclinar la política de un Estado en un sentido bélico. Pero nunca lo son, ni tan enérgicos, ni tan eficaces como los estímulos que produce un peligro inminente y comprobado por los datos que arrojan los tiempos ya corridos, y por las amenazas y los hechos hostiles que de presente se perciben. Este es el caso preciso en que se halla el Perú al respecto de Santa-Cruz y de sus partidarios en Bolivia. Las seducciones del primero, provocando á la rebelion en el Perú, se han hecho sentir de diversos modos, en toda la estension de la República hasta el año de ochocientos treinta y cinco: sus ataques contra la seguridad de la Patria, y los de sus actuales prosélitos principiaron en esta época, y continúan hasta el día.

En ochocientos veinte y nueve suscitó don Andres Santa-Cruz, poco despues que se encargó de la presidencia de la República Boliviana, un motin en el departamento de Puno, colindante con el territorio boliviano, en el que se pretendió sustraerlo de la asociación peruana para incorporarlo á la de Bolivia. En la tribuna de Lima han resonado las clausulas autógrafas que contenian las sugerencias malignas, dirigidas por Santa-Cruz, para que se efectuara este motin. En ochocientos treinta promovió otra revolucion, en la ciudad del Cuzco, que no prevaleció sino por pocas horas. Sus autores salvaron de la ira pública, por que fugaron á Bolivia; á donde subsistieron largo tiempo á espensas

de las asignaciones, que, por via de remuneracion, les habia señalado D. Andres Santa-Cruz. El pueblo Boliviano ha sido testigo de estas inmoderadas dilapidaciones, de estos premios de corrupcion, con que la debilidad suele procurar el poder, que las almas generosas buscan por otros medios.

Incidentes tan escandalosos, y la secreta constancia con que D. Andres Santa-Cruz trabajaba por corromper la opinion nacional del Perú, exitando á revoluciones, y provocando una anarquia tan desencadenada, que hiciera necesarios sus auxilios y le facilitara el paso á la tierra de sus especulaciones políticas, decidieron al Gobierno Peruano á levantar un ejército, que, puesto en movimiento, ó castigase los excesos cometidos, ó contuviese la prosecucion de los viles manejos, que hasta entónces se habian empleado. Este era el único remedio que le quedaba á la Nacion, para corregir la contumacia de un vecino, que jamas se vió contento con los pueblos que la suerte le habia confiado; y que, desechando las vias de conciliacion y de justicia, no cesó nunca de poner en accion nuevas tentativas, y de conflagrar el espíritu revolucionario que fomentaba en la República. En vano habia empleado el Gobierno del Perú los medios sagaces de las esplicaciones, para llamar á consejo y poner traba al hombre que se ha hecho singular en América por sus pretensiones. Era, pues, necesario que las armas decidiesen la cuestion; y el Perú se preparó para la guerra.

Tan luego como vió Santa-Cruz que se llegaba á tocar en este último término, conociendo que se habia colocado en una carrera contraria á su organizacion y á su temple, y apercibiendo que todavia no era llegada la hora de la disolucion total de la Patria, para lanzarse sobre sus miembros separados y divididos, tuvo á bien manifestar designios de buena inteligencia, de acuerdo, y de armonia internacional. El Gobierno del Perú, no obstante los artificios que se hicieron sentir en las primeras negociaciones, aceptó con constancia el plan de conciliacion y de arreglo que se le habia propuesto; y al fin, bajo la mediacion de la ilustre nacion Chilena, se celebró, el año treinta y uno, en Arequipa, un tratado de paz, de amistad, y de comercio, que cualquiera habria creido iba á consolidar para siempre la ventura de dos naciones.—Parecia que un arrepentimiento oportuno predominara en el animo de don Andres Santa-Cruz; y que, haciendole sesgar de sus anteriores pretensiones, lo volviera al circulo de las obligaciones que le designaba exclusivamente su mision boliviana. Mas, en el mismo acto de aprobacion de este tratado, hizo traslucir Santa-Cruz que su voluntad de tratar no era ni noble, ni leal. El influyó decididamente en las cámaras bolivianas, para que se desechase el tratado; por que contenia un principio perjudicial á sus secretos proyectos. La limitacion de la fuerza armada de Bolivia no podia convenir al hombre que, desde entónces, premeditaba en la gigantesca y reprobada empresa de la Confederacion Perú-Boliviana. Pretextos rentisti-

cos y económicos fueron aducidos para que se abrieran de nuevo las negociaciones, y para que se celebrara otro tratado.

Verdad es, que en el que se celebró en Chuquisaca en ochocientos treinta y dos, la proporcion de la fuerza armada de ambas repúblicas, fue la misma que en el de Arequipa; por que no pudo vencer las resistencias legales que se le oponian para el aumento de las bases, que debian servir, en su caso, á la rápida formacion del egército boliviano. Mas no por esto dejó de ocurrir á los inconvenientes, que con el tratado sufria su política emprendedora; solicitando para ello del congreso de ochocientos treinta y tres facultades extraordinarias, que lo habilitasen para intervenir en los negocios del Perú; ora fuese tomando por propia voluntad la iniciativa en la intervencion, ora fuese que la solicitara de él, cualquiera de los partidos que hiciera la guerra civil en el Perú; guerra que él promovia, guerra que él fomentaba, y guerra que habia previsto para escalar el supremo poder de la Patria.—En ochocientos treinta y cuatro arrancó una autorizacion igual de las cámaras Bolivianas; y despues que por medio de sus agentes, logró desquiciar todos los elementos constitutivos del órden social, en ochocientos treinta y cinco perfeccionó la obra de sus incubaciones: asaltó la inviolabilidad de la República, é hizo gemir y estremecer á la naturaleza con los cadalsos que se alzaron, y con la sangre que se derramó.

Es demas ocuparse por ahora en los pormenores de una época, que ha concitado la animadversión pública de todo este continente. Ni figura, ni representacion, ni derechos, ni nombre, ni existencia quedaron al Perú, despues de los desastres de Yanacocha y Socábaya. Santa-Cruz logró, al fin, ver realizado su pensamiento de siete años; y toda la América, que habia observado con despacio el tren de seducciones y de maniöbras que preparaba el desenlace fatal que todos han presenciado, se sorprendió al ver, que un solo hombre, opresor inalterable de su patria, absorviendo los derechos de una nacion vecina, y presentando, por primera vez, en las repúblicas de América, el escandalo de la conquista, erigia un poder inmenso, considerado por todos, como el amago constante de las libertades públicas, y como la hostilidad permanente de todas las prerogativas sociales. La creacion de la Confederacion Perú-Boliviana está identificada con la humillacion y la muerte del Perú: su destruccion con los esfuerzos del patriotismo nacional, y con el valor indomable de las huestes Chilenas.

Don Andres Santa-Cruz capitaneó todos estos excesos; y él es el hombre á quien ahora colocan los amotinados de Bolivia en el propio puesto de donde antes dió principio á su nefaria empresa.—Si no fuesen tan poderosos los motivos que acaban de enumerarse para que el Perú recelara de esta colocacion, nada importaria que el partido insurreccionado de Bolivia, se fijase en tan funesta persona; pero la esperiencia de diez años de perpetua cautela y de perpetua asechanza, de instigaciones incesantes, de revoluciones sin término, de raudales de sangre,

y de injurias una y mil veces repetidas, despiertan no solo los sentimientos patrióticos, sino también inclinan, por una prudente prevision, á que se adopte un plan, que precaba de nuevas agresiones la independencia del Estado y los derechos inconcusos de la soberanía nacional. Este plan no puede ni debe ser otro, por mas que cueste, que el de combatir, con las armas en la mano, á los amotinados de Bolivia. Ellos sirvieron antes de instrumento para la opresion del Perú, y hoy sirven de pedestal para la elevacion del hombre mas funesto del Sud-América; del hombre que no puede mandar sin ofender, ni volver á la vida pública sin ser azaroso y funesto.

Sensible es al Gobierno del Perú verse constituido en la fuerte necesidad de esponerse á inmolar víctimas, que tanto importan á la patria, por hacer la guerra al partido que en Bolivia proclama la restitution de don Andres Santa-Cruz; pero, *si* con tal sacrificio se han de economizar los males interminables que, atacando la tranquilidad del Estado, destruyendo la fortuna pública, embrazando los progresos de la industria, y manteniendo siempre al pais en un estado de perpetua alarma, ha de ocasionar el mando de D. Andres Santa-Cruz, preciso es adoptar este partido extremo, por duro y por doloroso que sea.

Las consecuencias inevitables de la restitution de este hombre al poder, son las que acabamos de indicar; por que ellas se derivan de los antecedentes costosos que se han recogido en el transcurso dilatado de los últimos doce años. ¿Y no será preferible resolver definitivamente el problema de peligros que ofrece al Perú el instinto de usurpacion de Santa-Cruz, mas bien que mantener á los pueblos en un estado de destruccion constante y de menoscabos indefectibles? El Perú, en el caso de obrar de un modo contrario, se veria obligado á conservar en pie un fuerte ejército, que consumiese el total de las rentas públicas. Y aun este mismo ejército no seria un balladar suficiente contra las seducciones secretas, contra las misiones disfrazadas, y contra los amaños fraudulentos que sabe emplear la malicia de Santa-Cruz para corromper la probidad, y para debilitar el patriotismo.

Con peligros tan palpables no podria plantearse nunca un sistema de regularidad política y administrativa en la República. Los actos nacionales se afectarían de una condicion, que por forzada y violenta, debia imprimir su tipo en los negocios, tanto internos como externos de la nacion. El Perú pagaria, por su negligencia actual ó por su reprehensible abandono, un tributo de servidumbre política, que si se definiera mal por la inaccion en que estriva, se definiria muy bien por los daños que ocasionase, y por el menosprecio con que en el exterior haria considerar el nombre peruano. Motivos tan serios como estos obligan al Perú á desear y querer que de una vez desaparezca el punto de coneccion que liga los actos anteriores de tirania de Santa-Cruz, con los actos presentes de

hostilidad, y con las previsiones fatales de lo que en adelante tendria que suceder.

Si fuese dable conseguir por medios conciliatorios la seguridad doméstica y tambien la paz externa del pais, nada seria mas satisfactorio para el Gobierno del Perú, que dar principio à una obra tan acomodada à sus sentimientos pacificos y à las demandas luminosas de la civilizacion. Se entraria en relaciones con los partidarios de Santa-Cruz en Bolivia, y con el mismo Santa-Cruz, que ellos han proclamado: se celebrarian pactos, y se haria todo lo que la razon y la conveniencia enseñan para estos casos. Mas como la esperiencia ha manifestado que las transacciones, con toda su inviolabilidad, nó pertenecen ni à las ideas ni à los sentimientos de D. Andres Santa-Cruz, forzoso es desechar este medio; útil y necesario donde hay probidad; perjudicial y funesto donde hay beleidades è infidencias. Santa-Cruz pactó en el tratado de Chuquisaca, no mezclarse directa ni indirectamente en las disenciones domésticas del Perú, y à pocos meses de haber otorgado este solemne compromiso, pidió, como ya lo hemos dicho, autorizacion al Congreso Boliviano de ochocientos treinta y tres para intervenir ó para obrar, segun èl tuviera por conveniente en los negocios internos del Perú. En ochocientos treinta y cuatro puso, con otra autorizacion igual, un nuevo sello à su infidencia; y en ochocientos treinta y cinco, hollando todas las consideraciones que debiera merecerle su patria, despreciando las garantías que da la legitimidad del poder, aprovechando de la débil è ilegal disposicion de Don Luis José de Orbegoso, y haciendo un simulacro ridículo de transaccion en la ciudad de la Paz, quebrantó el tratado, que con las solemnidades debidas se celebrò en Chuquisaca; è intervino en el Perú, sin deber intervenir.

Escudado Santa-Cruz con este documento, que prueba mas que nada sus pèrfidas tendencias y su actividad inmoral en aprovechar de los errores ó de las pasiones ajenas, pisó el suelo sagrado de la Patria; dando, así, un público testimonio del ningun respeto con que vé la fé de las naciones y las reglas venerandas de la justicia universal. No lo contuvo en su afanoso empeño de dominar al Perú, el miramiento poderoso de que, por solo èste paso, iba à merecer para siempre la desconfianza pública; y aumentó el baldon de su desprovista conciencia; porque, aun en el mismo simulacro de tratado de la Paz, en que èl hace consistir la legitimidad de su hostil intervencion, allí mismo burló sus compromisos, pisando el territorio Peruano àntes que se hubiese cumplido la condicion estipulada de que no podria pisarlo, sin que D. Luis José de Orbegoso ratificára antes el pacto degradante è ilegal que con èl habia celebrado. Faltó Santa-Cruz à la fé para con todo el mundo; por que desconoció, en ambos casos, la fidelidad y respeto que en los Estados y en los hombres públicos imprimen los derechos convencionales: faltó à la fé para con el Perú; porque intervino en sus negocios, habiendo pactado solemnemente en ochocientos trein-

ta y dos no intervenir en ellos: faltó á la fé para con sus propios cómplices; porque las condiciones pactadas con ellos fueron torpemente atropelladas, y no tuvieron el efecto que se habia convenido. ¡Tanta es la insania de sus pasiones, tanto el furor de apoderarse de éste Perú, que es el objeto de sus incubaciones y de sus desvelos!

En menos de tres años ha dado D. Andres Santa-Cruz dos pruebas tan auténticas como incontestables de que sobre su ánimo no tienen ningun influjo ni poder las vias de acomodamiento y de buena intelijencia. Sus ejemplos han sido bien imitados por sus partidarios en Bolivia, como poco despues se verá: su escuela, aunque tan reprobada por la corrupcion que en ella se enseña, ha producido en sus secuases los mismos desvios y las mismas falsedades que marcan la vida pública del corifeo.—En semejante estado ¿podrá el Perú ocurrir, para afianzar su suerte futura, á los medios, ensayados antes con desengaño, de negociar y de transigir, cuando no ha habido hasta ahora negociacion ni transaccion, que haya sugetado los arranques del espíritu ambicioso de Santa-Cruz?—¿Qué garantia podrá dar este hombre al Perú de que en esta sola vez se habia de cumplir con fidelidad lo que se pactara, cuando antes con garantias invocadas y convenidas, no pudo sugetarse dentro la esfera legal de su poder?—Santa Cruz jamas será una cosa distinta de lo que ha sido; ni jamas dejará de ofrecer, durante el peligro cuanto se le exija, para luego despues que este pase, hacer lo que ahora ha hecho aspirando al mando del Perú y avocandose la presidencia de Bolivia, que renunció en sus conflictos. Si Santa Cruz llegase en el dia á ocupar la silla presidencial de Chuquisaca y propusiese tratados al Gobierno del Perú; ó si sus actuales representantes en Bolivia, tentasen los vados amistosos que su critica situacion les aconseja, es indudable, que el primero y tambien los segundos, se allanarian á todo lo que el Perú les exigiera. Pero pasadas las horas fatales, Santa Cruz ó sus secuaces volverian con mas ardor á continuar la carrera en que medraron: carrera de engaño, carrera de falasia, carrera de manchas y carrera de mala fe. Por consecuencia de esto, la Nacion Peruana, cargada de amargas esperiencias, y apercebida de los males en que antes la envolvió su sincera credulidad, no tiene mas partido que adoptar, que hechar por tierra á Santa Cruz invocado, y á los Bolivianos que lo invocan, y prevenirse contra los reveses, que la mas leve prepotencia ó estabilidad le ocasionarian.

Era de presumir que el tremendo castigo que recibió la ambicion desmesurada de Santa-Cruz en la derrota de Yungay, y en el movimiento simultáneo que efectuaron los pueblos del Perú y de Bolivia despues de esta derrota, corrigiesen ó sus errores, ó su malignidad. Una caida tan estrepitosa y tan desengañada como la suya, era de presumir que en su espíritu produgera reflexiones maduras, é investigaciones sérias á cerca de las causas que lo habian ocasionado. Pero si la justicia fué dura

y severa en castigarlo, su tenacidad en delinquir contra ella, y su protervia en ambicionar el mando han excedido al poder de la virtud que refrena los delitos. Asilado Santa-Cruz en la República del Ecuador, despues que delante de él mismo desplegó el patriotismo peruano todos sus esfuerzos para escluirlo de una tierra, que bajo ningun título le pertenece, no ha descansado en promover sediciones, ni en dirigir incentivos para la revolucion y para el trastorno. No ha podido ni puede soportar este hombre que el Perú viva entregado á sus propias leyes y á sus propios consejos; ni que haya instituciones nacionales, ni votos enteramente peruanos. La autoridad pública en manos de los hijos del Perú, es, en su juicio, una defraudacion que se irroga á sus títulos y á su merecimiento.—Bajo su protección se han hecho publicaciones en Guayaquil, cuyo objeto ha sido desacreditar la causa de la restauracion y sus efectos, es decir, la causa de los derechos contra la conquista, y de la libertad contra la tirania. *La Verdad desnuda* y la *Balanza* han sido la hornalla de las pasiones mas enconosas: la diatriba, la maledicencia y la impostura contra las instituciones del Perú, contra sus mandatarios, y contra todo lo que no se refiere á las esperanzas de Santa-Cruz, han formado el testo de esos folletos inmundos, en que se asocian los oficios de una torpe ambicion á las insidias ruines de la envidia. De Guayaquil han salido bajo distintos disfrases emisarios de desórden al Perú y á Bolivia: de allí los planes anárquicos que ha trazado un espíritu desesperado y tenebroso; y de allí, finalmente, zarpó la memorable partida de hombres que comprados por D. Andres Santa-Cruz en el territorio ecuatoriano, invadió tártaramente al Perú, á las órdenes de su edecan Angulo, en la provincia de Piura.

Se ha llegado, al hablar de este paso tan criminal, á un punto, que, elevando la inseguridad del Perú del estado de mera probabilidad al de una entera evidencia, hace mas obligatorio y mas urgente cortar de raiz el orijen del mal, y afianzar la paz que, con Santa-Cruz al frente de Bolivia, seria atacada indefectiblemente. La agresion de Piura, ordenada y dirigida por Santa-Cruz ahora cuatro meses, es el medio de enlace, que involuntariamente ha dado este hombre pertinaz, á sus atentados pasados con los atentados que despues cometeria. La agresion de Piura es un signo luminoso para descubrir, que el usurpador, que en ochocientos treinta y cinco se cebó en las desgracias del Perú, aniquilando cuanto habia en él de nacional y de propio, es el mismo que no desperdiciará oportunidades para repetir las escenas de devastacion y de sangre que se representaron en aquella época. Si hallandose Santa-Cruz condenado á la vida obscura de un refugiado en pais extranjero, sin contar con recursos políticos de que disponer francamente y á su arbitrio, no pudo contener la fuerza instintiva que lo arrastra de todas partes á inquietar el reposo peruano, y á entrometerse, para sacar ven-

tajas personales, en cuantas sozobras y disturbios civiles aparezcan, ¿que no llegaria á ser si dispusiera de pueblos, de tesoros, y del odio envejecido que ha logrado inspirar á la turba de prosélitos que ahora han proclamado su nombre en Bolivia? ¿que no llegaria á ser, sirviéndose de hombres que reputan en nada los intereses de su patria, y que por elevar y constituir á su caudillo en el mando, sofocan con las armas en la mano, la mayoria de la opinion enérgicamente pronunciada en contra de él? ¿que no llegaria á ser un hombre, cuyo corazon se halla empapado en venganzas, y que, por lo mismo, agolparia tras de sí, no solo á los bolivianos que espontaneamente le siguieran, sino aun á los que, aborreciéndole como le aborrecen, aspiran y reclaman porque cuanto antes se derroque el partido inmoral que atrae á Santa-Cruz á Bolivia? El que desde el Ecuador ha sabido agavillar forajidos y malvados que atacasen la independendia y los derechos inconcusos del Perú, desde Bolivia arrastraria todo cuanto se le presentase y todo cuanto creyese necesario á los planes de esterminio que tiene trazados en su mente.

Dificil es que, si el Gobierno del Perú se hubiese empeñado en procurar á su eleccion argumentos que justificaran su conducta bélica, y calificasen la política artera de Santa-Cruz, se le presentase ninguno como la agresion de Piura. Cerca de tres años van corridos desde que Santa-Cruz pagó en Yungay con su caída el tributo, que siempre han pagado los conquistadores á los principios cuando en pueblos republicanos é independientes, han aherrojado la libertad y los derechos imprescriptibles del hombre. En este largo tiempo era de esperar que al menos se hubiese mitigado en su espíritu el frenesí de mandar el Perú y de dominarlo. Pero la incursion de Piura ha desmentido solemnemente esta favorable presuncion; y los peruanos y los chilenos; y los arjentinos, y los mismos bolivianos no vén ni pueden vér otro hombre en Santa-Cruz caído, que el que vieron en Santa-Cruz elevado. La misma vanidad, las mismas pretensiones y las mismas venganzas forman los atributos invariables del asilado en Quito, que del autócrata de la Confederacion Perú-Boliviana. De suerte que, como ya se ha dicho, la agresion de Piura manifiesta palmariamente la imprescindible conexcion que hay entre los crímenes pasados con los crímenes necesariamente futuros de D. Andres Santa-Cruz.

En las instrucciones que este hombre comunicó á su edecan Angulo hace percibir mas y mas todavia el furor de las innobles pasiones que lo ajitan. El ordena y quiere que se haga la guerra de partidas contra el Gobierno lejítimo del Perú: ordena y quiere que se difundan por entre todos los pueblos los famélicos guerrilleros que habia enganchado en el territorio Ecuatoriano al precio de promesas engañosas: ordena y quiere que la subsistencia de estos miserables instrumentos de su ambicion, se haga

á espensas de las familias inocentes á quienes debia arrebatarse su fortuna; y finalmente, él ordena y quiere, que no se repare ni en medidas, ni en sacrificios, con tal que se llenen los objetos que se propuso en su desacordado proyecto. Este es el tutor oficioso que se ofrece al Perú; y estos son los sentimientos que le animan respecto de un pueblo, que no necesita ni de su hipócrita compasion, ni de su autoridad aborrecida. Este es el hombre á quien los insurreccionados de Bolivia colocan en una actitud ventajosa para poner en ejercicio sus pretensiones y sus venganzas. ¿Y el Perú con las acerbadas experiencias que recojió durante el periodo de la conquista, y con las muestras horribles que ha dado de sus funestos principios en la agresion de Piura y en las instrucciones que comunicó para que esta se efectuara, permitirá que se consolide por un momento la obra perniciosa que lo eleva al mando de Bolivia? ¿Dejará el Perú de apoyar y sostener su voto propio, y el de toda la América que excluye la resurreccion política de D. Andres Santa-Cruz? No puede ser. El Perú que no tiene que esperar nada de las vias conciliatorias; el Perú, que prevee con tanta razon los peligros y los azares que le esperan; el Perú debe hacer que sus armas penetren en el territorio boliviano, buscando y persiguiendo en donde quiera á los infatuados enemigos del reposo continental de la América Republicana.

Para que no se crea que por reglas de mera induccion califica el Gobierno del Perú como á enemigos de sus intereses á los insurreccionados de Bolivia; y para que se vea que hasta ellos, por su parte, han hecho ofensas al Perú de que no puede desentenderse, es conveniente considerar el lenguaje de estos hombres y su conducta, desde que levantaron el sacrilego estandarte de la revolucion.—En las proclamas que dirigieron los corifeos del movimiento de 10 de Junio á la Nacion Boliviana, con el objeto de inclinarla á favor de Santa-Cruz, le recordaron como uno de los servicios mas importantes que la habia prestado, los triunfos de Yanacocha y Socabaya, recordando por consiguiente al Perú las víctimas peruanas que se sacrificaron en estos desastrosos sucesos. Estas víctimas inmoladas, son los timbres de Santa-Cruz y los atractivos que sus partidarios ofrecen á los Bolivianos, para que otra vez se incorporen y se identifiquen con el hombre que fundó su gloria en el ultraje del Perú y en la usurpacion de todos sus derechos. De suerte que de la afrenta y del vilipendio del Perú, hacen los amotinados nacer su galardón; aunque repitan con sus recuerdos las ofensas, y aunque se induzca indirectamente con estos recuerdos á la perpetracion de iguales crímenes y de iguales atentados. El movimiento que efectuaron las tropas insurreccionadas desde el centro de la Repú-

blica Boliviana hácia las fronteras del Perú es un movimiento que se efectuó con el calculado fin de invadir el territorio peruano, segun se esplica por las notas de Agreda y de Goitia, y con el de atajar los pasos que debian dar las fuerzas peruanas en contra de una revolucion, que si tiene por teatro á los pueblos bolivianos, tiene por objeto principal la reconquista de la patria y la renovacion de su servidumbre anterior. No hay frase ni idea en ninguno de los documentos que han publicado los revolucionarios, en que no se haga sentir la nueva preparacion que daban á los pueblos y al ejército de Bolivia para reponer la cosa pública al pié funesto en que se hallaba, cuando los revolucionarios y su caudillo disponian de la nacion á su arbitrio, y vivian de su sustancia. Las partidas Bolivianas avanzadas sobre la línea divisoria, cediendo al conato de sus jefes, que no querian con el Perú una ruptura noble y franca, sino una ruptura de alevosia, de perfidia y de asalto, han obrado sobre las nuestras, no obstante que estas eran de mera observacion.

Por esto es que Agreda, en las instrucciones que comunicó al coronel Carrasco para la aprension del Jeneral Ballivian, le ordenó, que si para conseguirla era necesario penetrar con sus tropas en el territorio peruano, lo hiciera sin miramiento alguno y sin la menor consideracion: como si este acto no fuese la mayor ofensa que se puede hacer á la seguridad de un Estado; y como si pudieran ver los peruanos este ataque, como un paso ordinario, y no como un agravio y una injuria gratuitamente irrogados sin una abnegacion depresiva del honor nacional del Perú. La permanencia casual de algunos cuerpos del ejército nacional en los Departamentos del Sur de la República, y las conmociones intestinas en los Departamentos centrales de Bolivia, que coincidieron en fechas con la aproximacion del ejército boliviano á las orillas del Desaguadero, han sido la causa imprevista que impidiera el que plantas extranjeras profanasen hostilmente otra vez el territorio sagrado de la patria. Los amotinados de Bolivia, que asi han querido obrar, atacando la ley de las naciones y las formulas canonizadas por la conveniencia universal, no se han decidido en este sentido por propia deliberacion, ni por consejo propio, sino por los preceptos perniciosos, que desde el Ecuador les ha comunicado D. Andres Santa-Cruz. Siervos degradados del señor que han elegido, ni tienen valor sino para él, ni tienen patria sino para oprimirla por él. Ellos marchan con una humilde obediencia á donde los caprichos y la ciega ambicion de su corifeo los encamina: ellos ven en Santa-Cruz la estrella polar de su ventura; asi como el Perú vé en ellos y en Santa-Cruz el signo espantoso de todos los males y de todos los infortunios.

De tal modo se halla radicada en el ánimo de estos hombres la idea de dominar al Perú, que el Prefecto revolucionario de la Paz, dando ensanches á la necesidad que habia de que Santa-Cruz volviera á entronizarse en el mando, significa en la nota de llamamiento que le dirijió; que el Perú y Bolivia reclamaban uniformemente los beneficios de su administracion; y que teniendo á su favor los votos de uno y otro pueblo, debiera correr á satisfacer estos votos, oprimiendo, sin duda, á Bolivia, y destrozando y humillando por segunda vez al Perú.

Datos tan claros como estos á cerca de la intencion hostil que anima á la faccion Boliviana, pronunciada por D. Andres Santa-Cruz, reciben mas grado de comprobacion y fuerza, si se atiende á la medida jeneral que el coronel Agreda, encargado provisoriamente del gobierno de Bolivia, espidió, reponiendo las cosas al pié en que se hallaban el nueve de Febrero de ochocientos treinta y nueve, es decir, al pié en que se hallaban, antes que el vital influjo de la restauracion hubiese hecho sentir sus benéficos efectos en el pueblo Boliviano. Esta medida no es, en verdad, la reposicion política del rëjimen federal, pero es la preparacion de todos los materiales, con que Bolivia, en la época pasada, concurría por su parte á establecerlo. La desigualdad que entónces predominaba en las relaciones mercantiles del Perú y de Bolivia dando Santa-Cruz á esta, ventajas que le quitaba al Perú, tambien ha entrado en el plan de reposicion que Agreda ha iniciado. Por esto, sin considerar que en la lejislacion comercial, se asignan de antemano períodos fijos para que se cumplan las leyes que hacen mas fuertes los gravámenes, se ha hecho cobrar repentinamente á los productos peruanos introducidos en Bolivia, el duplo de los derechos que poco antes se cobraban; atacando, así, la propiedad peruana, que sobre convenciones precedentes, era dirijida al tráfico y á la especulacion. Sorprendido el comercio con esta innovacion violenta, ha sufrido graves quebrantos, de que el gobierno del Perú no puede desentenderse; tanto por sus consecuencias antieconómicas, cuanto por la hostilidad bien caracterizada que ellas contienen.

Pero no podia dejar de tomarse esta medida, despues de la que se habia tomado en los primeros dias de la revolucion, de cortar los puentes, y prohibir la comunicacion jeneral de los pueblos del Perú con los de Bolivia. Tan grande muestra de la enemistad dada por Agreda y sus secuaces contra la Nacion Peruana en el primer furor revolucionario, era necesario que en los dias subsiguientes fuese modificada; pero aun en la misma modificacion no ha podido vencerse el conato de ofender al Perú, supuesto que se ataca su tráfico con el aumento duplicado de derechos, despues de la perjudicial interrupcion á que antes se le habia condenado. No se ha considerado en nada para hacer todo esto, la fé que deben guardar los Estados en sus convenciones: no se ha conocido por Agreda que el Perú tiene,

en virtud de ellas, derechos perfectos para exigir el cumplimiento de lo convenido: se han violado los pactos; y he aquí como los partidarios de Santa-Cruz en Bolivia se parecen en infidelidad á su corifeo.

El Gobierno del Perú no confunde en esta ocasion á la masa del pueblo Boliviano, con la pequeña turba de insensatos, que han manchado su patria con la proclamacion de un hombre que ella misma, y toda la América escluyen. En Bolivia se ha desplegado toda la fuerza que inspiran los sentimientos de patriotismo y de libertad, para derrocar á un déspota y á un ambicioso que, en diez años de poder, solo logró anular los gritos de la razon, pero no sofocar los corazones. Ahora mismo, la mayoría del pueblo Boliviano, coincidiendo en principios con la República del Perú, lucha brazo á brazo, porque se deshaga la tempestad que le amenaza; y porque los atractivos de la independencia y de los derechos, no vuelvan á convertirse en ilusiones miserables, como antes habia sucedido. Esta disposicion del pueblo Boliviano es bien conocida al Gobierno del Perú; y por eso las huestes peruanas al penetrar al territorio boliviano, encontrarán en cada pueblo de Bolivia, hermanos á quienes abrazar y amigos á quienes sostener. La guerra que el Perú va á emprender en el territorio boliviano, es guerra dirigida únicamente contra la faccion desmoralizada, que sacrifica ante un solo nombre, el bienestar de la patria y la quietud jeneral de la América del Sur. Contra esa faccion es menester que, reunidos Peruanos y Bolivianos, obren en un solo sentido y trabajen de acuerdo y de consuno para desbaratarla. El triunfo en este caso no demandará otro esfuerzo ni otro medio que la voluntad de triunfar. Entonces renacerá la paz; volverán los dias de seguridad, y se acabará ese fantasma que persigue los principios, rivalizando en su funesto tezon, con las memorias mas feroces y mas odiosas que atormentan al jénero humano. Un lazo de amistad sincera y perpétua acercará mas y mas á las nuevas Repúblicas; y dando ellas, en la completa anulacion de D. Andres Santa-Cruz, una leccion terrible á los ambiciosos y aspirantes que puedan retoñar en el suelo Americano, se habrá hecho un nuevo bien á la politica y á la civilizacion, quitando del terreno en que propagan su benéfica influencia, el obstáculo que contra los derechos de los pueblos, se suscitan con las inmoderadas pretensiones del mando.

Palacio de Gobierno en Lima á de Setiembre de 1841.

MANUEL MENENDEZ.